



ANTIGÜEDADES
John Crowley

Estas siete exquisitas incursiones a un pasado mítico de luz tenue y a un presente rico y vívido abarcan desde la delicada tragedia de «Nieve» hasta la alta comedia del relato epónimo «Antigüedades». Hay en estos cuentos colores, imágenes e ideas que parecen flotar delante de nosotros como un olor de humo de leña en el otoño, y que dejan en el lector recuerdos de candelabros de bronce, madera pulida y hojas secas... Crowley es maravilloso, y estas son historias maravillosas para cualquier estación.

SAMUEL R. DELANY.

El tiempo no borra las imágenes de Crowley; las hace más claras y más verdaderas. Usted pasará años leyendo *Antigüedades*.

CONNIE WILLIS.

para Val 'n' Tina

Nosotros decimos que para consolarnos por la pérdida del Paraíso Dios nos concedió sólo a nosotros entre todas sus criaturas Esperanza y Memoria. Mejor dijéramos: Sólo porque somos criaturas cargadas con Esperanza y Memoria alentamos la ilusión de un Paraíso que nosotros y solamente nosotros hemos perdido.

La niña verde

De la veracidad de esta historia han dejado constancia Ralph de Coggeshall y William de Newbridge, y los dos dicen que aconteció en su época, hacia mediados del siglo XII, en West Suffolk.

En un lugar llamado Pozos-de-Lobos, una mujer de la aldea encontró dos niños a la entrada de uno de los pozos, una niña y un niño más pequeño. Los Pozos-de-Lobos, aunque por todos conocidos, nunca habían sido explorados, pues se los consideraba peligrosos y de mal agüero, y nadie sabía cómo eran de profundos ni a dónde conducían. Y allí estaban los dos, parpadeando a la luz del sol, los pálidos ojos vacíos de imágenes, como si acabaran de abrirlos a este mundo. Eran muy pequeños para la edad que aparentaban y tenían la piel verde, ese verde pálido, luminoso de los bordes de un cielo crepuscular en el verano.

La mujer soltó la pelota de lana que había estado ovillando, hizo la señal de la cruz y otras señales contra el Mal de Ojo y la Gente Pequeña; los niños la observaban, pero no mostraban ninguna reacción, como si no comprendieran que esos gestos les estaban dirigidos. La mujer, sintiendo que a pesar de su color verde —la coloración de la Gente Pequeña—, quizá fueran, después de todo, dos niños que se habían extraviado, se acercó y les preguntó cómo se llamaban y de dónde venían. Los dos retrocedieron, asustados, el niño intentando escapar para meterse en la boca del pozo; la niña corrió tras él y lo retuvo, y le habló con palabras de una lengua que la mujer no pudo comprender. Tratando de zafarse de la niña, el pequeño sacudía la cabe-

za y gritaba, como si no creyera lo que ella le decía; otra vez lo apartó ella brutalmente de la entrada del foso, y le habló con dureza. El pequeño rompió a llorar, un mar de lágrimas, y su hermana —a la mujer le pareció que debían de ser hermano y hermana— lo estrechó con fuerza como para impedir que llorase, mirando todo el tiempo a la mujer con sus grandes ojos pálidos, como pidiendo ayuda, o como si le tuviera miedo, o ambas cosas a la vez.

La piedad de la mujer prevaleció sobre su sentimiento de extrañeza, y se acercó a ellos, diciéndoles que no tuvieran miedo, preguntándoles si se habían perdido.

—Sí —dijo la niña, y su forma de hablar, aunque diferente del lenguaje humano común, era inteligible—. Sí. Perdidos.

La mujer los llevó a su casa. El pequeño, siempre llorando, no quiso entrar, pero la hermana, a su manera brusca y a la vez protectora, lo condujo dentro. La penumbra en el interior de la casa pareció tranquilizarlos, por más que el chiquillo no dejaba de lloriquear. La mujer les ofreció comida, buen pan, un tazón de leche, pero ellos la rechazaron con repulsión. La mujer resolvió ir en busca de ayuda y consejo. Haciendo ademanes y hablando con dulzura, les dijo que la esperasen, que descansaran, que ella no tardaría en regresar; dejó los alimentos a su alcance por si querían comerlos, y corrió a llamar a sus vecinos y al cura, preguntándose si cuando volviera los niños verdes, o sus pertenencias, o la casa misma no habrían desaparecido.

Cuando volvió, la acompañaban un tejedor que tenía fama de ser docto en hechizos y otras malas artes y sabía curar la apoplejía, la mujer de éste, y alguno que había encontrado en el camino, aunque no el cura, que estaba durmiendo cuando ella acudió a buscarlo; y todos fueron a ver a los niños verdes, con los perros de la aldea ladrando a la zaga.

Y allí estaban los dos, tal como la mujer los había dejado, sentados y muy juntos, los verdes pies desnudos col-

gando fuera de la cama. El doctor en hechizos encendió un cabo de vela bendecida que había traído, pero no inmutó con eso a los niños, que sólo miraban ansiosos y en silencio, como tímidos animalitos salvajes, aquellos rostros que los observaban desde la puerta y la ventana. En la oscuridad de la casa parecían emitir un tenue resplandor, como de miel.

—No quieren comer —dijo la mujer—. Tráeles habichuelas —dijo el doctor-hechicero—. Habichuelas, eso es lo que come la Gente Pequeña.

En este aspecto al menos, eran Gente Pequeña; cuando la mujer les trajo las habichuelas, las comieron los dos sin vacilar y con voracidad, pero seguían rechazando cualquier otro alimento.

No contestaron a ninguna de las preguntas que les hicieron sobre el lugar de donde venían, ni cómo habían llegado a los Pozos-de-Lobos, y cuando se les preguntó si podían volver allí, lo único que hicieron fue echarse a llorar, el chiquillo a todo trapo, la niña como a regañadientes, tenso el rostro y los puños apretados, las lágrimas temblando en las pestañas de sus ojos luminosos. Más tarde, sin embargo, al atardecer, cuando toda la gente se hubo marchado y cuando el niño, agotado de tanto llorar, se quedó dormido, la mujer, preguntando con dulzura, con la fría mano verde de la niña en la suya, pudo al fin conocer la historia.

Venían, dijo la niña, de un país que quedaba debajo de la tierra. Allí siempre había una luz crepuscular, «como ésta», dijo, haciendo un gesto como para abarcar la penumbra de la casa, el azul del cielo que se ensombrecía rápidamente en la puerta y la ventana, y acaso también los pájaros que cuchicheaban ya, somnolientos, y los susurros del viento del anochecer en el follaje fuera de la casa. Hacía frío en su país; ese hálito frío que los aldeanos sentían emanar de los Pozos-de-Lobos, incluso en pleno verano, era la exhalación de su país. Allí, toda la gente tenía la misma co-

loración; se habían asustado muchísimo tanto del raro color de la mujer como del insoportable resplandor del sol.

Ella y su hermano eran niños pastores, y habían ido en busca de una oveja extraviada. También ellos se habían extraviado, y entonces, después de interminables horas de terror, habían oído, a los lejos, repicar una campana. Guiados por el tañido de la campana, habían encontrado la salida del pozo.

¿Pensaban volver a casa?, preguntó la mujer. No, no podrían hacerlo. Todo cuanto en ese país es salida, dijo la niña, no es entrada; de eso estaba segura, aunque porque eran así las cosas no supo explicarlo. No, ellos no podían volver por el mismo camino. Su hermano, dijo, no quería creerlo, pero así era.

Había anochecido, y nuevamente la mujer le ofreció a la niña el tazón de leche dulce. Esta vez lo aceptó, con una especie de temor reverente, y con tanta cautela como si fuera vino de misa, bebió algunos sorbos. Devolvió el cuenco a la mujer y se pasó el dorso de la mano por los labios, con una expresión de temor y a la vez de resolución, como si hubiera tomado veneno deliberadamente. La mujer la puso a dormir en la cama junto con su hermano, y ella misma se acurrucó en el suelo. Durante la noche oyó en más de una ocasión que el niño se despertaba y lloraba; pero la niña no lloró más. Años más tarde la mujer evocó la historia y no pudo recordar si la niña había vuelto a llorar alguna vez.

A la mañana llegó el cura. Interrogó minuciosamente a los niños. El pequeño se escondía detrás de su hermana y permanecía en silencio, pero la niña, ahora más suelta de lengua, le contó con su acento tan extraño lo mismo que le había contado a la mujer la noche anterior, insistiendo tímidamente en que esa era la verdad, pese a que el cura trató con astucia de tenderle una trampa para hacerle confesar que eran criaturas del diablo, demonios menores tal vez, o bien ficciones creadas por el diablo para confundir e inducir

a error a los mortales. No los amedrentó la cruz ni las reliquias de santos que el cura había traído en un frasco de cristal; sin embargo, la niña no pudo contestar a ninguna de las preguntas que él hizo acerca del Salvador, la Iglesia, el cielo o el infierno. Al cabo, el cura se palmeó las rodillas y se levantó, diciendo que no sabía decir quiénes o qué podrían ser, pero que al menos era preciso bautizarlos. Y fueron bautizados.

El pequeño seguía inconsolable. No quería comer otra cosa que no fueran habichuelas, que engullía con voracidad, sin que al parecer le sirvieran de alimento; no hablaba con nadie más que con su hermana, y con palabras que sólo ella entendía. Se consumía rápidamente. La niña no permitía que nadie más que ella lo cuidara, no la mujer, y especialmente no el doctor hechicero, aunque el niño languidecía a ojos vistas; pronto dejó hasta de llorar; y una noche la niña despertó a la mujer, y con los ojos secos le anunció que su hermano había muerto. Luego de un tiempo de reflexión y de rezar algunas oraciones, el cura decidió que podía ser enterrado en camposanto.

La niña continuó viviendo con la mujer, que no tenía hijos y era viuda. Llegó a comer alimentos humanos sin dificultad, y con el tiempo fue perdiendo el color verde, aunque sus ojos seguían siendo enormes y extrañamente dorados, como los de un gato, y nunca llegó a tener una estatura normal, manteniéndose siempre pequeña, delgada, y de algún modo insustancial. Ayudaba a la mujer en las tareas de la casa; llevaba a pastar las ovejas de la aldea, escuchaba la misa los domingos y los días festivos, iba a las procesiones y a las fiestas de la aldea. El cura, siempre alerta a la posible aparición de signos diabólicos, oía contar historias, que era desvergonzada y que no tenía ningún recato y que cualquier muchacho que supiera cómo pedírselo podía poseerla bajo el seto; pero no era tal vez la única muchacha de la aldea de la que podía decirse lo mismo.

La mujer, contenta y agradecida de que se hubiera quedado y no hubiera enfermado como su hermano, dejó de hacerle preguntas sobre su lejano país y lo que allí acontecía; pero muchos otros querían escuchar su historia, y venían de lejos a interrogarla. Ella los recibía a todos, sentada en el rincón de la chimenea con su mejor vestido, y repetía para ellos el cuento, que con el correr del tiempo se hizo un poco más largo. Decía que su país se llamaba Sanmartinlandia, porque su santo patrono era San Martín. La gente verde que allí habitaba, decía, era cristiana, y rendía culto a nuestro Salvador, pero los sábados, como los judíos. Decía que a la orilla de su país había un río muy ancho, y que del otro lado de ese río había un país luminoso al que ella siempre había anhelado viajar, pero al que nunca había ido. A veces, cuando hablaba de ese país radiante, los ojos se le llenaban de lágrimas. La mujer, ahora anciana, cuando le oía contar esas cosas, y recordando lo ignorante que había sido en materia de religión en presencia del cura, se preguntaba si esas historias no serían sustitutos de recuerdos reales de un oscuro y distante país que ella habría perdido con los años así como había perdido su color crepuscular.

Con el tiempo, según consta en las versiones de esta historia, la niña verde se casó con un hombre en Lenna, y allí «sobrevivió largos años». No se tienen noticias de qué clase de hombre era su marido ni de qué clase de esposa fue ella para él; ni si hubo hijos de esa unión y, si los hubo, si la sangre que había en ellos originaria de ese lugar que su madre llamaba Sanmartinlandia los hacía diferentes de otros niños. Si hubo hijos, e hijos de esos hijos, y si por ventura una veta de ese extraño país verde y también del distante país luminoso vislumbrado a través del ancho río se infiltró en nuestra simple raza humana, ha de estar ahora sin duda tan diluida, tan mezclada y ahogada en luz de día y sangre roja, que ya ni siquiera se encuentra presente en nosotros.

William de Newbridge dice que estos sucesos tuvieron lugar durante el reinado del rey Esteban, y que él al principio no creyó en la historia, pero que más tarde el testimonio general lo convenció de que era cierta.

Missolonghi 1824

El milord inglés, decepcionado pero no abochornado ni contrito, retiró sus manos de los hombros del muchacho. — ¿No? —dijo—. No. Muy bien, de acuerdo, de acuerdo; si es así, tendrás que perdonarme...

El muchacho, desesperado, pensando que había ofendido al caballero inglés, se aferró al capote de tartán del milord hablando a borbotones en romaico, sacudiendo la cabeza, al borde de las lágrimas.

—No, no, querido mío —dijo el milord—. Tú no tienes para nada la culpa. He sido yo que, confundido por tus demostraciones de afecto, me dejé llevar, e hice algo impropio. Ha sido sólo eso, y eres tú el que debe perdonarme a mí.

Con su andar extraño, su cojera desacompasada y vacilante, fue hasta el sofá, y se reclinó en él. El muchacho siempre erecto, plantado allí en el centro de la cámara, inició (pasando al italiano) una larga perorata acerca de la devoción y el respeto que sentía por el noble señor, que le era tan caro como la vida misma. El noble señor lo observaba con curiosidad, sonriendo. De pronto, alzó una mano como para atajar el discurso del muchacho: —Oh, basta, basta. No ves que son precisamente sentimientos como éstos los que me confundieron. De veras, te lo juro, me equivoqué y no volverá a suceder. Pero no te quedes ahí de pie, sermoneándome, no hagas eso; ven, y por lo menos siéntate a mi lado. Ven.

El muchacho, sabiendo que una frialdad digna era casi siempre la actitud más apropiada cuando alguien le hacía

ese tipo de proposiciones, se acercó y se detuvo, todavía de pie, al lado de su patrón, con las manos cruzadas a la espalda.

—Bien —dijo el milord, adoptando a su vez un aire más serio—. Te diré una cosa. Si no te quedas así, tieso como un palo, si pones tu cara de todos los días... siéntate, ¿quieres?, entonces... entonces, ¿qué haré yo? Te contaré una historia.

El muchacho se ablandó instantáneamente. Se sentó, o se acuclilló, al lado de su amo, no en el sofá, sino en el suelo, sobre los harapos de una alfombra. —Una historia —dijo—. ¿Una historia de qué, de qué?

—De qué, de qué —dijo el inglés. Empezaba a sentir aquí y allá, dentro, en todas partes, en ninguna, los dolores familiares de la noche—. Si tienes la bondad de graduar la lámpara —dijo— y de abrir un botellón de esa ginebra Holland y servirme una copa con un poco de *limonata*, y echar después un leño al fuego... entonces veremos «de qué, de qué».

El exiguo aposento estaba ahora a oscuras, aunque no en silencio: todavía se oían los resoplidos y relinchos de los caballos que entraban en el patio, las voces de los soldados suliotas y de los pedigüeños y gorriones que se congregaban alrededor de las fogatas de la cocina, conversaciones que podían terminar en insultos, disputas, grescas, o disolverse en risotadas. En lo posible, el noble caballero extranjero de quien todos dependían excluía a aquella gente de la privacidad de este recinto; aquí tenía él su sofá, y la mesa que utilizaba para escribir: montones de correspondencia, en hojas de papel timbrado con cantos dorados para impresionar, o en papel común para explicar (interminables las explicaciones, las lisonjas, las concesiones que estos griegos exigían de él); y otra pila de papeles, grandes folios entreverados, profusamente anotados: las estrofas de un poema; últimamente le había costado recordar que estaba escribiéndolo. Y también encima de la mesa, entre los

papeles en desorden, no tan incongruentes ahora como le habrían parecido en otras épocas, una espada de ceremonia dorada, un fantástico yelmo empenachado de estilo griego, y una pistola Manton.

Bebió a sorbos la ginebra que el muchacho le había servido, y dijo: —Muy bien. Una historia. —El muchacho se sentó otra vez en cuclillas sobre la alfombra, los oscuros ojos alzados hacia su amo, alerta como un lebre!; y el poeta vio en su rostro esa insaciable apetencia de historias (¿en qué muchacho de su edad en Inglaterra, en qué chico de la escuela pública o incluso en qué hijo adolescente de carretero o campesino encontraría esa expresión?), esa misma apetencia insaciable que debió reflejarse en los rostros congregados alrededor de la fogata a cuya lumbre narrara sus historias Homero. Se sentía casi avergonzado por la expresión abierta, confiada del rostro del muchacho: le podría contar cualquier cosa, y se la creería.

—Bueno, esto ha de haber acontecido —dijo—, calculo yo, en el año en que tú naciste, poco más o menos; y aconteció en un distrito no muy distante de este lugar, allá en la Morea, una región que tus propios antepasados, hace mucho, muchísimo tiempo, llamaban Arcadia.

—Arcadia —dijo el muchacho en romaico.

—Sí. ¿Has estado allí?

El muchacho meneó la cabeza.

—Agreste y extraña resultaba para mí en aquel entonces. Yo era muy joven, no mucho mayor que tú en este momento, por difícil que te resulte imaginar que fui así alguna vez. Y estaba viajando, estaba viajando porque... bueno, no sabía por qué; por el gusto de viajar, en realidad, aunque eso era algo difícil de explicar a los turcos, que no viajan por placer, sabes, sino por lucro. Sin embargo, yo descubrí para qué viajaba: eso es parte de esta historia. Y una parte también de la historia de cómo he venido a parar a este lugar, a esta ciénaga nefasta donde estoy ahora contigo, contándotela.

»En Inglaterra, sabes, donde casi toda la gente es hipócrita por naturaleza, y por lo tanto se escandaliza con facilidad, una proposición como la que yo te hice en un momento de ofuscación, querido mío, de haber llegado a ser de público conocimiento, nos habría metido a los dos, pero sobre todo a mí, en un brete de todos los demonios. Cuando yo era joven ahorcaron a un hombre por hacer esas cosas, o más bien porque lo descubrieron haciéndolas. Nuestros vicios son las putas y la bebida, sabes; otros vicios son severamente castigados.

»Sin embargo, no fue eso lo que me instó a viajar; tampoco fueron las mujeres, eso vendría más adelante. No, yo creo que fue el clima, por encima de todo. —Se ciñó un poco más el tartán alrededor del cuerpo—. Bueno, esta humedad invernal, esta lluvia de hoy, de todos los días de esta semana; estas nieblas. Imagínate que no cesaran nunca: verano e invierno, siempre igual, salvo que en invierno es... bueno, ¿cómo voy a explicarte un invierno inglés? Ni lo intentaré.

»Tan pronto como mis pies tocaron estas playas, supe que por fin había llegado a mi verdadero hogar. Yo no era un ciudadano de Inglaterra en viaje por el extranjero. No: éste era mi país, mi clima, mi aire. Escalé el Himeto y escuché a las abejas. Subí a la Acrópolis. (Lord Elgin conspiraba a la sazón para saquear los edificios: quería llevar las estatuas a Inglaterra, enseñar a esculpir a los ingleses; a los ingleses que son tan capaces de esculpir como tú de patinar). Estuve en el bosque sagrado de Apolo en Claros: sólo que ya no existe allí ningún bosque, ahora todo es polvo. Tú, Loukas, tú y tus padres habéis talado todos los árboles, y los habéis quemado, no sé si por resentimiento o porque necesitabais leña, pero allí me detuve, en medio de las nubes de polvo, a pleno sol, y pensé: *He llegado dos mil años demasiado tarde.*

»Esa era la pena que empañaba mi felicidad, ¿te das cuenta? Yo no menospreciaba a los griegos de hoy, como